

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Ángel José Fernández
angelillo53@yahoo.com.mx
Universidad Veracruzana

José Luis Rivas: el río y su resonancia

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 61, julio-septiembre de 2022, pp. 5-8.

Imágenes de interiores: Fernando Zarur

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

1. Todos los ríos, el río

Octavio Paz, al hablar sobre el estilo de los poetas, declaró en muchos de sus iluminados ensayos que –para él– había poetas de dos tipos: los que solo ocupaban una forma de escritura (esto es, una retórica de uso, a la cual particularizaban), y los que indagaban una y otra vez acerca de las inacabables formas de la creación poética. Aquellos, a lo largo de todas sus obras, solo hacían trabajos de depuración, lo que configuraba –con la madurez que el poeta iba consiguiendo con sus años de vida y con la práctica del oficio– los rasgos prístinos de una vocación de estilo de poetizar; y estos, tan insatisfechos como los perfeccionistas unívocos, que no paraban nunca de indagar, y que jamás cesaban de esa búsqueda de lo imposible e insuperable que es la perfección del estilo.

En modo alguno hablaba Paz de conformismo, comodidad o inapetencia para optar, como artistas del lenguaje y como sujetos que han asumido compromisos individuales o colectivos, a la aspiración de integrarse a la obra constructiva de la añorada y no siempre conseguida modernidad. Tampoco estaba pensando en las posibles limitaciones o en la consabida lucha contra lo inalcanzable que resulta, para el género humano, la perfección. Más bien, Paz tenía en mente, no la obligatoriedad de una forma exacta y necesaria, sino la riqueza del acto creativo y las potencias del hacer que son necesarias para poder dar el asalto a la emoción, y las posibilidades técnicas y literarias que cada quien pueda tener para poder aspirar –y de hecho contribuir– al proceso de la modernidad.

José Luis Rivas pertenece a los poetas del segundo registro, según la conjetura especulativa de Octavio Paz. Su obra, ingente y en tránsito, así lo demuestra: a lo largo de

JOSÉ LUIS RIVAS: el río y su resonancia

Ángel José Fernández

una veintena de libros, ha habido, en el aspecto del ensayo y del experimento del poetizar, por lo menos, una veintena de incansables búsquedas. Y si bien es verdad que recursos y pesquisas han proliferado en su registro poético, multiplicando sus preocupaciones formales, las aristas de la expresión y las fórmulas del giro expresivo –sean creadas o recogidas por o desde la increíble alforja memorística–, en cambio, los temas, su amplitud y frecuencia, se han ido delimitando, y cada vez con mayor precisión, construyendo o, mejor, para ser consecuentes con su universo expresivo, “agostando”.

¿Será esto consciente o será incontrolable esta fuerza de gran poder y decisiva orientación? Creo que nadie, ni el propio emisor y productor, ni su clara voluntad, puede saberlo, y mucho menos en las cercanías inmediatas del acto creativo.

José Luis Rivas ha escrito poemas extensos o breves, con versos largos y cortos. Pero hay “una novedad de la patria” que hay que destacar: no ha inscrito su obra en la tradición de la preceptiva castellana ni ha hecho sus poemas sobre la base de sus moldes canónicos. Rivas ha escrito sus poemas con versos libres y ha construido las formas de sus poemas sin atender a las de las estructuras consa-

gradas. Sus parámetros creativos han sido otros, muy distintos a los que obligan las normas de la Real Academia de la Lengua o de la preceptiva poética que nos recuerda el abolengo hispánico.

José Luis Rivas ha partido de hallazgos e indagaciones para generar su propia poética. El tema, no la música, brinda la pauta generatriz. Parte, pues, de otros impulsos y pulsiones. Si el poema es corto, su trabajo de perfeccionamiento se reduce; pero si el poema ha de ser de largo aliento, su texto se configurará en varias etapas: emergerá de una potencia y cobrará forma al ser puesto en la página y constatar su conjunto melódico. El texto largo nace informe y, en un primer desprendimiento, su propia respiración le dará el ser a su forma definitiva. La fuerza del texto ha de imponer su melodía, ordenará su ritmo, marcará su cadencia, inclusive su distribución gráfica dentro de la página. El texto en gestación nace, brota y crece sin la forma que habrá de tener en su versión conocida.

Una vez expulsado el texto en la página, adquirirá forma de poema al darle su exacta respiración, su propia fluidez y, desde luego, su solemnidad. La segunda instancia será, entonces, el trabajo del pulido. En esta etapa, el poeta José Luis Rivas construirá, de hecho, su

poema. Su labor concluirá cuando el texto contenga, al fin, la cadencia de la respiración, las notas previstas en el ritmo y la forma de decir los versos “en una sola emisión de voz, en un solo aliento”.

La dinámica creadora de José Luis Rivas marcha en un sentido muy diferente al que, por ejemplo, Mallarmé imprimió al concebir la forma estructurada de su poema “Un coup de dèš”. Mallarmé construyó “una forma” que iba “en busca de significación”, lo que implicaba que la hoja en blanco se iba poblando de signos pero también de ausencias de signos, con lo que tales vacíos adquirirían un significado, esto es, que imprimía en la página voces con sentido semántico y espacios vacíos con significación. Digamos que ocurría algo parecido a lo que conocemos como el silencio en la música.

El acto creador de Rivas implica, a despecho de la mecánica mallarmeana, colocar en la página todas las voces que dimanan del potencial creador y, una vez ya expuestas en el espacio, moldear la melodía del poema, perfeccionar su respiración, imponer tono, distribución, etc. Es decir, que el acto creador parte de una saturación, que el trabajo posterior eliminará hasta dejar el texto listo y completo. Ambas técnicas, sin embargo, participan –como diría Octavio Paz a propósito de la expresión poética de la modernidad– de una “idea de mutación” y de un trabajo que implica la destrucción de las formas precisamente para exaltarlas e imponerles un nuevo sentido.

Digamos, entonces, que Rivas escribe mediante la técnica de la saturación del espacio poético y que, una vez saturado, luego lo perfecciona con supresiones, cambios y correcciones de estilo; pule su forma y adapta la distribución espacial al sentido metafórico del poema. Su idea creadora luchará, entonces, contra todo lo repentino.

Ahora hablaré, para dar término a este planteamiento, del acto previo al del brote poético. En Rivas, el poeta de Tuxpan, resulta funcional este procedimiento creativo, en tanto que se lo permite su repertorio temático, que es variado, que es amplio y que es único al mismo tiempo. En su poesía hay un gran tema que lo aglutina todo: el río. Desde luego, no es el río de Rubenes ni de Juan Ramones, sino el río de su pueblo, el río de su infancia, el río de sus sueños, el de sus excursiones y el de sus referentes vitales y mortales. El río que fluye y otorga fuerzas, impulsos, recuerdos. Más que señalar a Rivas como un poeta del agua (se ha dicho que es acuático o bien marino), Rivas es un hijo del río, y que vuelve a su río de Tuxpan a la menor provocación poética.

El río está presente en su alfa y omega creativo: es el personaje de *Tierra nativa*, su primer libro, publicado en 1982, y ha reaparecido, como siempre lo ha hecho, en *Ante un cálido norte*, en 2006. En los libros de Rivas se respira el Caribe del barlovento veracruzano, donde habitan sus seres queridos y por cuyas corrientes pululan, en su cauce y sus profundidades, las voces emisoras del sueño y la materia, en sus fantasmas, deseos y sentimientos.

El paisaje de su poesía es el paisaje de su litoral; los árboles son los de su infancia y serán los de sus mañanas y siempre intemporales. Sin la huella del vivir, esta visión no pasaría de ser la arena húmeda e inútil del playón. Su poesía es como el río, que es un pañuelo bordado de yerbas, “como es su tierra y su aire”, dicho esto –y repetido– con las palabras de Gertrude Stein.

José Luis Rivas, sin embargo, se yuxtapone a la tipología de Octavio Paz: ha depurado una técnica y ha indagado en los múltiples saltos del río de la existencia.

[23 de marzo de 2010.]

2. De los ríos y el mar

Hace 10 años, al celebrar los 60 de edad de José Luis Rivas, me pronuncié en un apunte sobre algunos aspectos de su creación poética. Entonces lo ubiqué, con base en una conjetura de Octavio Paz, como autor en permanente búsqueda de una forma, en lugar de perfeccionar solamente un modelo convencional y al uso. Rivas es y ha sido siempre un poeta de la experimentación, como lo quiso y gritó Rubén Darío hace más de un ciento de años, en el más conocido de los poemas de sus *Prosas profanas*: “Yo persigo una forma...” Hoy, que celebramos sus 70 años de vida y su primer medio siglo de creación poética, sigue siendo necesario afrontar y decir aquella misma declaración, e inclusive reiterarla como incontrovertible: Rivas ha hecho de su búsqueda un mandato incansable; persiste en sus apuestas formales y construye sus criaturas poéticas con argamasa esencial de múltiple cordaje.

En el apunte anterior, esbocé una hipótesis bastante atrevida, pues dije, a contrapelo de toda lógica creativa, que en la hechura de sus versos intervenía el ritmo de su respiración, casi sin tomar en cuenta los dictados y los principios de la preceptiva y los cánones españoles. He dicho atrevimiento en el hacer, por encima de los modelos preconcebidos, para aportar, por medio de otros recursos como la fuerza expresiva, el discurso múltiple, el largo aliento e inclusive la prosa. Rivas escogió otro camino formal y otro manual de construcción. Por supuesto que José Luis Rivas no ha ignorado las reglas propuestas por la preceptiva, simplemente ha hallado una forma personal, con otro método y otros medios expresivos. Dije, asimismo, que el tema de cada poema daba las pautas para su composición y no la cadena melódica o los

modelos estróficos del canon; es decir, que el tema daba la forma y que la forma dependía del empuje de la respiración y del tono escogido, y que con el tema y su paulatino desarrollo el autor obtenía la tesitura del texto.

Ahora he de señalar, si se me permite, otro acontecimiento: en esta última década Rivas se ha dedicado a la reflexión, al ahondamiento de otros temas y otras búsquedas, en lo relativo a su poesía original, y de igual modo al perfeccionamiento y producción de otra de sus más caras realizaciones: el oficio de traductor.

En torno a esta “detención reflexiva” de sus vetas originales, ha acrecentado el número de autores y obras traducidas; y además ha revisado traducciones ya publicadas para volverlas a entregar a los lectores, con mayor perfeccionamiento, aspirando a la excelencia, como ha ocurrido en algunos casos y pronto ocurrirá en otros más, pues ha revitalizado sus trabajos de traducción de las obras de Arthur Rimbaud, William Shakespeare, John Donne, Saint-John Perse, Derek Walcott, Ezra Pound, Aimé Césaire o Georges Schehadé.

En esta misma gestión traductora, Rivas ha volcado a nuestro idioma obras de otros autores, incluidos, además de poetas, narradores o pensadores. No ha sido esta que culmina una década de absoluto silencio; más bien, ha sido tiempo para depurar los traslados de la voz, para acrecentar el caudal de obras vertidas al español o bien para ahondar en los trabajos y en la sensibilidad del traductor.

Además de haber realizado dos compilaciones de su poesía original: *Raz de marea. (Poesía reunida 1975-1992)*, impresa en 1993 por el Fondo de Cultura Económica, y *Ante un cálido norte. (Poesía reunida 1993-2004)*, impresa en 2006 por aquella misma casa editorial, Rivas ha dado a la estampa



Ojo de agua

—en esta última década— una nutrida selección de sus poemas: *Paraíso para todos. Antología poética (1982-2014)*, prologada por Jorge Brash y producida en coedición por Vaso Roto Ediciones y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, puesta en circulación a partir del mes de noviembre de 2014.

En estos tres títulos, sus tres volúmenes más extensos y representativos, podrá constatar —como en parte también lo señalé en acápite anterior— la presencia de poemas cortos y poemas largos, así como el uso de versos de corto número de sílabas o la escritura en versos largos, o a lo mejor en versículos.

Me permito insistir, en lo que sigue, sobre el aspecto de una poética con base en el procedimiento de la respiración, como una constante del estilo en la composición de los versos de José Luis Rivas. Y comienzo con una digresión para el arreglo de los poemas de corte y tema populares: me llama la atención que, para la hechura de algunos poemas con estas características, Rivas tome como recurso creativo el heptasílabo blanco, que suple en sus funciones al octosílabo de la tradición hispánica, sea en su contenido culto o lo sea en el popular.

Pongo como ejemplo las estrofas iniciales del poema “Al desportar”, del volumen *Asunción de las islas* (1992):

El mástil es tan alto
que enlaza nuestros ojos
en un profundo rezo
antes de que zarpeamos.

La lona restallante,
una vez que se abulta,
sopla con albo impulso
al alma su plegaria

y el bajel se desliza
tal santuario que surca
las aguas del silencio
concentrado en sí mismo.
(304)

De esta coherencia ofrecida por la tradición, la voz del poeta evolucionó, en el caso del verso corto, con rumbo a formas de contenidos complejos, pero con el mismo metro, como en este ejemplo que copio a continuación, tomado de *Pájaros* (2005):

Por el momento estoy
sin nada que me arrague
lanzando a vuelapluma
suspendido en el aire

Heme aquí en pleno viaje
ensayando sin alas

Sobre la mar sin nubes
bendición son mis alas

¡Soy un logrado Ícaro
que asedia el oro en llamas!
(38)

Luego, esta representación del poema en versos cortos con métrica homogénea evolucionó hasta formar silvas con versos combinados de arte menor y mayor, enlazados por la cadencia de la respiración. En el poema que comienza “Del reino a cielo...”, incluido en *Pájaros*, ocupó estrofas de heptasílabos, junto a estrofas de metros variados, como en este ejemplo: “El cuerpo deja el lecho // ganado de tetánica tiesura / y traza un círculo / sobre la punta de los pies / sobrevolando // calles / glorietas / explanadas / parques...” (28).

Pienso, al hablar de la argumentación creativa de José Luis Rivas, en el modelo que construye para crear el poema de largo aliento. Esta argumentación da paso al perfeccionamiento del tema; y ya integrado, indaga la potencia creadora sobre la técnica de exposición y coloración. El tono lo dará la cadencia de la respiración, comprometida con el contenido temático; este contenido buscará la alianza entre la cantidad melódica y el apoyo del tono del poema. Habrá impulso emotivo, poder de expresión y melodía eficaz.

Esta argumentación puede observarse en forma nítida en los poemas esenciales del poeta. Pienso en los ejemplos seleccionados en *Paraíso para todos*: los que integran *Tierra nativa*, “Planto de las dárseñas”, “La casa por la ventana”, “Brazos de mar”, *Estuario, Río*, “Una sola Helena” y, quizá, en el poema “Elevación de un puerto”, impreso en *Por mor del mar* (segunda edición, 2014).

Finalmente, me pregunto: ¿será posible la composición de

una obra sin la inevitable presencia de la tradición? ¿Será posible prescindir de la tradición hispánica y, al mismo tiempo, arreglar un conjunto de obras perdurables?

La poesía de José Luis Rivas fundamenta esta posibilidad, pues ha sabido incorporar su obra y enlazarla a las tradiciones grecolatina, inglesa y francesa, aun sin la necesidad del puente ibérico. Esta vía solo ha sido posible gracias al bagaje y al dominio de algunas de las voces imprescindibles de la poesía de la posmodernidad. Parece que en esas tradiciones, Rivas ha hallado su forma de ser clásico, con su carga semántica irreplicable y mediante el redoblado ejercicio de la revelación creativa, dada siempre por los recursos de la expresión y el tono de su narrativa poética.

Así, el río de Tuxpan circula en esta obra, como circula además la fundación de Roma, junto a los artefactos de la tradición citadina, las Musas de Europa, las voces de las Antillas, al igual que la boca del río que descarga en el Golfo de México. Y si en la poética de José Luis Rivas se han impregnado el aire y el paisaje de ese río, también ha de estar el mar, la Mar, y de manera preeminente, el río torrencial de la sangre. **LPyH**

[6 de febrero de 2020.]

* Todas las citas han sido tomadas de José Luis Rivas, *Paraíso para todos. Antología poética (1982-2014)* (San Pedro Garza García/México, Vaso Roto/Conaculta, 2014).

Ángel José Fernández es investigador en el Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias UV. Recibió el Premio al Decano 2022 otorgado por la misma universidad. Publicó recientemente la edición de la *Epístola y los sonetos de Francisco de Terrazas (NRFH, 2021)*.